

Ronald de Carvalho

HE aquí el tipo acabado del artista moderno, para quien la poesía no es distracción brillante de ocios vanos, sino verdadera pasión.

Ampliamente dotado de los más envidiables recursos del estilo, pudo dilapidar su ingenio en huecas orquestaciones verbales, y hoy contaría nuestra fauna americana con un nuevo y faustoso ejemplar de papagayo lírico. Pero no, en Carvalho la exhuberancia tropical está enfrenada por lo que podríamos llamar sentimiento de los matices, que difumina cuanto hay en su inspiración de oropesco, ampuloso o bárbaramente colorido.

Este poeta que nació en una tierra en donde el paisaje asume una cromática violenta, en donde la temperatura tórrida acelera el ritmo circulatorio, estimulando así la potencia imaginativa, háceme el efecto por su ponderada manera de ver y de sentir, de un sobrio entre ebrios, para usar la expresión ciceroniana.

Ronald de Carvalho, nauta de mares desconocidos, descuajador de la selva retórica, exquisito, irónico, refinado, merecería por su audaz originalidad y por su armonioso temperamento mediterráneo, figurar entre aquellos «PRÍN-

CIPES DEL ESPÍRITU» que Camille Mauclair entregó a la admiración de la posteridad.

Oración

(DEDICADA A LAS MADRES MEXICANAS).

¡Hijo mío, no estás solo ni en el dolor ni en la alegría!
No estás solo en estos tus valles luminosos donde las futuras ciudades erguirán las torres y las cúpulas de sus templos de mármol y de piedra.

No estás solo en tus aldeas humildes, donde la mano del artista rudo, modela en barro las copas exquisitas, en estas tus aldeas cuyos nombres son sonoros como una imprecación de Homero o dulces como el agua de las fuentes y la miel de las silvestres frutas.

No estás solo en estos campos espaciosos en que en lo alto de las montañas aparece como un dios de bronce, el indio pujante, el indio que talló pirámides y murallas ciclópeas, el indio que esparció museos en tus planicies natales.

¡Hijo mío, no estás solo ni en el dolor ni en la alegría!

Si algún día, en batalla tumultuosa rompieres la hoja de tu espada;

Si algún día se abre una herida en tu corazón;

Si sintieres cansados por el esfuerzo épico esos tus puños en que palpita una sangre generosa;

¡Corre a la cumbre más alta de la patria!

Y mira hacia el Sur!

En un bracear de frondas ululantes, en un rugir de voces formidables, verás levantarse y caminar a tu encuentro una floresta inmensa;

Verás a una tierra ardiente rasgar sus entrañas en un parto bárbaro y maravilloso y abrirse en ricas dádivas; y tendrás acero para tus espadas, cristal para las copas en que has de beber el vino del triunfo, pedrerías para adornar el cuello de tu amada;

Treinta y cinco millones de bocas brasileñas aclamarán tu nombre;

Treinta y cinco millones de corazones brasileños latirán al unísono con el tuyo;

Treinta y cinco millones de pechos te servirán de trinchera y la noble sangre de tus arterias no correrá en vano.

¡Hijo mío, no estás solo ni en el dolor ni en la alegría!

Tu hermano del Brasil tiene los ojos puestos en ti!

RONALD DE CARVALHO.

Su esfuerzo juvenil, cristalizado definitivamente en «Epigrammas irónicos e sentimentales», obra que cons-

tituye para las letras del Brasil un breviario de arte modernísimo, en que el verso, simple y desnudo, recobra su serenidad helénica y esa ondulante sugerencia que Shelley juzgaba atributo esencial de la poesía, le coloca a

la cabeza de la fratria osada que en el País Amazónico está destrozando, con irreverencia, los viejos moldes, camisa de fuerza del pensamiento contemporáneo.

Como las abejas, Ronald de Carvalho liba en múltiples cálices, pero la miel de su verso tiene sabor y perfume propios, inconfundibles.

El hechizo de su arte, como sutilmente lo insinúa Lebesgue, reside en la estrecha y apasionada comunión con el alma de las cosas, y en el cuidado exquisito con que traduce las impresiones que ellas le sugieren, valiéndose del menor número posible de palabras.

Cuando pienso en la trascendencia de la obra literaria de Carvalho, realizada a los treinta años, viene a mi memoria la frase que Rodin pronunció ante el cadáver de Stéphane Mallarmé: «¿Cuánto tiempo gastará la naturaleza en moldear un cerebro semejante?»

MARIO SANTACRUZ

(El Heraldo de México, México, D. F.)

primores éticos. La cuestión estética, la de la belleza o fealdad, están ya lejos; déjase de lado la misma cuestión de la jerarquía intelectual. Al llegar la cultura a momentos así, únicamente la bondad conserva ya precio. Cuando el efecto de *La cabaña del Tío Tom* repercute en las conciencias, ya la nostalgia del Paraíso perdido parece incluso indiferente a cualquier interés de felicidad. *La inocencia es entonces sentida como valor en sí, independiente hasta de la beatitud paradística.* A cambio del bien de la inocencia reconquistado, sonríese con resignación ante las mismas miserias de la ignorancia, de la fealdad, del balbuceo.

GAUGUIN, EL PINTOR

Nos acercamos al que debe ser, hoy por hoy, término y límite de nuestra historia. Conviene que abreviemos. Nuestra ligera enumeración olvidará a todos los folletinistas de lo exótico, desde Mayne Reid y Julio Verne a Loti, y también a algunos de sus enamorados más poderosos, cuya actitud de desdén hacia los elementos étnicos inferiores—prenietzscheana en el conde de Gobineau, imperialista en Rudyard Kipling—no encubre del todo la intensa pasión que por ellas sienten... Sólo se detendrá un momento—para terminar en los dominios de la pin-

tura, como empezara—en la figura de Paul Gauguin, caso extremo y consumación de la pintura romántica, último gran barroco, abeja loca de tanto sorber las mieles, que fueron venenos, de la Decadencia y del Fin-de-Siglo.

Hay probablemente en cada uno de nosotros nostalgias hereditarias, nostalgias arrastradas, quizá muy remotas, al lado de aquellas otras que pueden encontrar anecdótica explicación en nuestra biografía personal. No podemos dejar de ver en Gauguin un nostálgico de ultramar cuando conocemos sus orígenes limeños y sabemos de su ascendencia de virreyes. La atracción de este pasado obscuro deci-